

DE ARGENTINA A LAS NACIONES

DEPARTAMENTO NACIONAL DE MISIONES
BOLETIN MISIONERO MENSUAL
JULIO DE 2026
NÚMERO 47



EL LEGADO MISIONERO

JUL 2026

NÚMERO
47

EL LEGADO MISIONERO

Sabemos que el llamado es personal, y que no se hereda. Cada persona debe tener su propio encuentro con Dios, en el cual escucha Su voluntad y da sus propios pasos de obediencia. Cuando nos referimos al llamado misionero en este número de nuestro boletín, no hablamos de un llamado heredado, sino más bien de una huella marcada, del ejemplo que podemos dejar para la próxima generación.

Hoy vamos a leer sobre la experiencia de hijos de misioneros que siguieron sus pasos. La idea es que podamos reflexionar en nuestro propio legado, y valorar cómo las decisiones que hoy tomamos pueden no solo tener impactos en nuestras vidas, sino en la de aquellos que nos ven en todo momento.

Sabemos que no es la voluntad de Dios que cada hijo de misionero sea un misionero. El trabajo misionero es específico para aquellos a los que Dios ha llamado para esa tarea. Pero lo que sí creemos es que la manera en la que realizamos nuestro trabajo

y todo aquello que sembramos dará fruto en las próximas generaciones.

Es nuestro deseo que, al disfrutar de los lindos testimonios que se comparten en este número, podamos también reflexionar y tomar un tiempo de oración por cada padre misionero, y especialmente por sus hijos y las decisiones que tomarán en el futuro.

ÍNDICE

- Pág. 2 - Editorial.
- Pág. 4 - "Una huella imborrable", por Matías Ramello.
- Pág. 9 - "Servir a Dios con todo nuestro corazón", por Emiliano Pedrozo.
- Pág. 13 - "Legado: fe, servicio y propósito", por Érica Ramello de Sepúlveda.
- Pág. 18 - "El desafío y el privilegio de ser padre misionero", por C. Anderson.



DEPARTAMENTO NACIONAL DE MISIONES

DIRECCIÓN GENERAL

Rubén Alegre

EDICIÓN Y DISEÑO

Matías Pecile - mepecile@gmail.com

CORRECCIÓN

Clarisa Sokoluk

CONTACTO OFICINAS

Av. Rivadavia 4152 (C1205AAN) - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - Argentina

TEL.: (54-11) 4958-5095 / 5195

EMAIL: recepcion@dnmargentina.org

**«TODO LÍDER DEBE PASAR EL
LEGADO DE SU LIDERAZGO A UNA
NUEVA GENERACIÓN. TEN CUIDADO
CON LO QUE TRANSMITES Y CON LA
FORMA EN QUE LO HACES».**





UNA HUELLA IMBORRABLE

POR MATÍAS RAMELLO



Billy Graham expresó en varias ocasiones que “el legado más grande que les podemos dejar a nuestros hijos es un buen carácter y un buen ejemplo”.

Gracias a Dios, me regaló el privilegio de nacer en una familia que acababa de encontrarse con Él y estaba experimentando cambios profundos en todas las áreas de sus vidas. Desde chico, vi a mis padres (Luis y Raquel Ramello) entregarse por completo al servicio del Señor e involucrarnos a mis hermanas y a mí en esta hermosa y tan valiosa tarea.

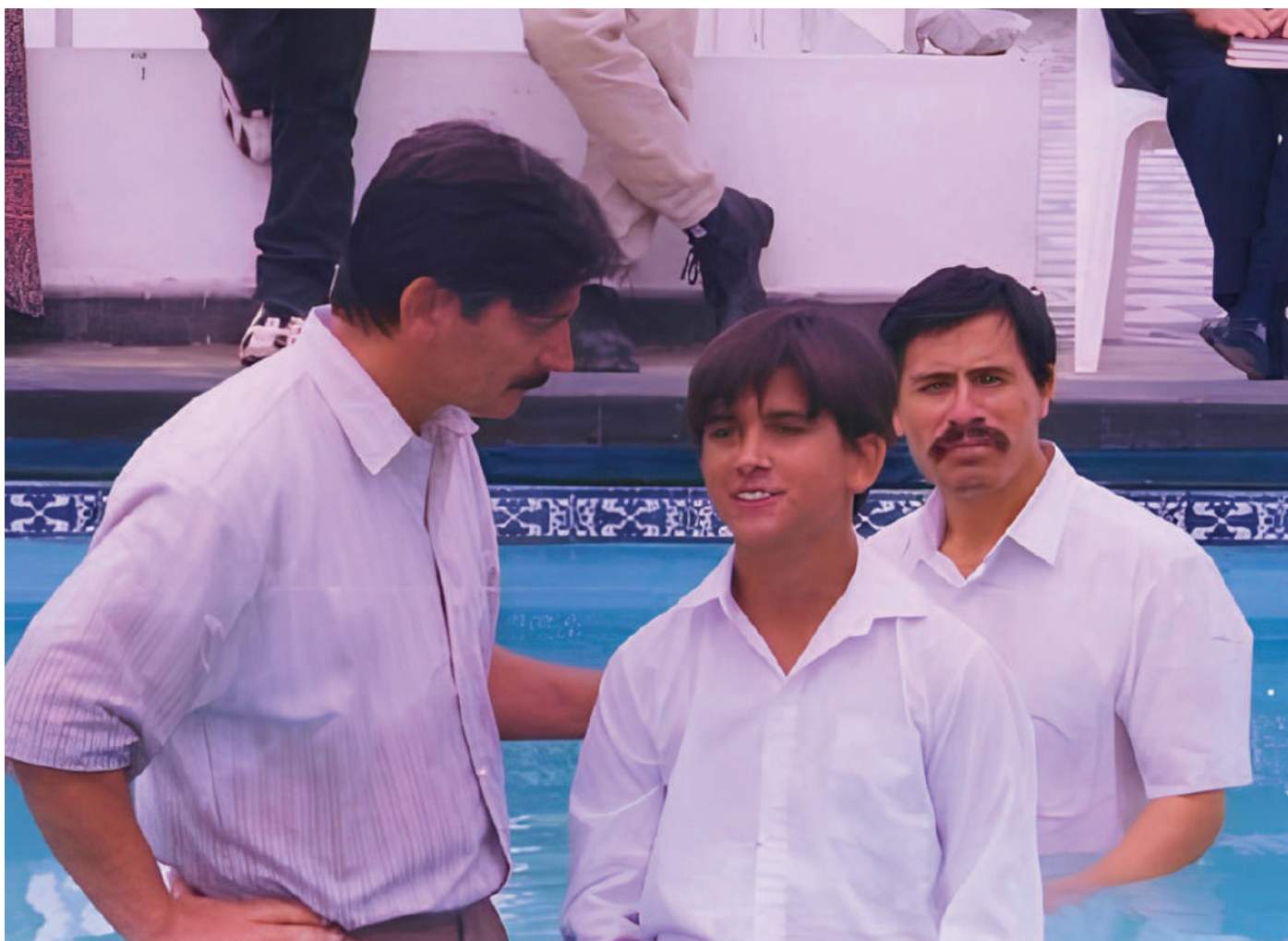
El texto lema de la familia, desde ese entonces, está compuesto por dos versículos:

***“Heme aquí” (Isaías 6:8), y
“yo y mi casa serviremos a Jehová” (Josué 24:15).***

Sin lugar a dudas, son dos declaraciones muy fuertes y firmes que encontramos en la palabra de Dios. Esta fue la convicción con la que siempre vivimos en casa. En primer lugar, aceptar el llamado y, en segundo lugar, hacer del llamado una respuesta familiar, entendiendo que Dios llama a la familia.

Aceptar ese llamado, sin lugar a dudas, demanda renuncia. Pero vi en mis padres la convicción de que lo que hacían era lo correcto y que la decisión que tomaban era la mejor. No fueron tiempos fáciles, en lo económico, en la salud, etc., pero aprendimos a confiar en que Dios era nuestro proveedor, nuestro sanador, nuestro todo.

Puedo decir que mis padres me acompañaron y discipularon. Cuando era muy pequeño, me dibujaba como médico sirviendo en África, y ellos nunca dudaron que era Dios llamándome, que no solo era algo de un niño soñador, y eso es algo que he valorado muchísimo en mi crecimiento, no solo físico, profesional, sino sobre todo espiritual. Y hoy, como médico cirujano, misionero junto a mi esposa y mis dos pequeñas hijas en Sierra Leona, África, puedo mirar atrás y agradecer al Señor por cómo Dios los usó para guiarme, aconsejarme y prepararme para llegar al propósito de Dios para mi vida.





La convicción de que el llamado es para la familia, creo que fue algo muy importante en mi formación y en mi involucramiento en el servicio. Desde muy chico, siempre pude estar al lado de ellos, no solo como un espectador de lo que estaba pasando, sino como parte del servicio; a lo mejor disfrazado de payaso en alguna actividad de niños, dirigiendo la alabanza con mi guitarra/teclado en alguna reunión, enseñando, discipulando o compartiendo la palabra en alguna reunión, movilizando las misiones y muchas otras cosas más, que fui aprendiendo, compartiendo al lado de ellos y de mis hermanas. Todas ellas no solo fueron oportunidades de servicio, sino un encuentro real con el Señor, una formación previa que me ayuda hoy en mi llamado, en el misterio junto a mi familia.

De niño, luego de leer el ejemplo de una persona que echaba botellas con porciones bíblicas al mar con la esperanza de que alguien las recibiera y fuera una bendición para ellas, decidí hacer algo similar con botellas con un folleto evangelístico dentro y arrojarlas en un río importante del norte argentino, pensando en las comunidades que vivían a través de su cauce. Menos mal que no me agarraron los ambientalistas.



Lo que rescato de esta experiencia es que a lo mejor mis padres me podrían haber dicho: No es necesario, busca otra forma, etc. Pero al contrario, me motivaron, me ayudaron con cientos de botellas que llevaba a casa, me dieron las porciones bíblicas y me acompañaban a lanzarlas al río. Pequeñas acciones, pero que generaban grandes motivaciones para ir gestando dentro de mí un sentir por alcanzar a los no alcanzados.

Otra huella imborrable de nuestra dinámica matutina diaria fueron nuestros tiempos devocionales. Nunca negociables. Fue allí donde día a día aprendimos más de su palabra, fuimos llenos de su Espíritu, renovados por su presencia y donde el Señor confirmó mi llamado. Estos principios fundamentales de nuestro crecimiento espiritual nos ayudaron a afirmar nuestra fe en Dios, y es algo que repito en nuestra familia junto a Yemina, creyendo que será lo que fortalecerá la fe de nuestras hijas también.

Definitivamente, la entrega es una de las huellas más grandes que han dejado mis padres en mi vida. Desde su servicio en Córdoba, en la iglesia local, en el norte argentino y luego en Perú por más de 30 años, dándolo todo por alcanzar a aquellos que aún no conocían del evangelio. Por fortalecer y discipular a los que estaban empezando a crecer en el camino del Señor, en la formación de obreros y el envío de ellos a otras naciones donde aún no había quien les hablara del Señor.

Podría seguir escribiendo mucho más sobre tantas enseñanzas y ejemplos que me han dado, de forma directa o indirecta, y que han marcado mi forma de servir a Cristo. Pero sin lugar a dudas, estoy agradecido a Dios por haberme permitido tener el ejemplo de mis padres y hoy seguir ese legado con humildad y obediencia a aquel que nos llamó.

Con mucho cariño, amor y honra, para con mis padres, Luis y Raquel Ramello, por todo lo sembrado en mi vida.

Matias Ramello
Misionero en Sierra Leona - Africa



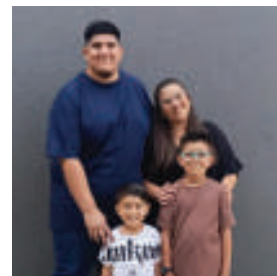
**«¿CUÁNTA ALEGRÍA PODEMOS
OBTENER REALMENTE DE LA CARRERA
SI NO LOGRAMOS PASAR EL LEGADO A
NUESTROS HIJOS, SABRIENDO QUE NO
HEMOS CONSEGUIDO PONERLO
FIRMEMENTE EN SUS MANOS?»**





SERVIR A DIOS CON TODO NUESTRO CORAZÓN

POR EMILIANO PEDROZO



¿Alguna vez te pasó quedarte pensando en tu primer recuerdo? Bueno, a mí sí. Siempre pienso en mi primer recuerdo. Lo único que se me viene a la mente es esperar a que mi papá vuelva de un viaje largo. Todavía me acuerdo de cómo corrí a abrazarlo cuando cruzó la puerta. Sigo sintiendo esa sensación de no querer que se fuera nunca más. Ahí es donde mi vida empezó a cambiar. Te preguntarás por qué. La respuesta es simple: la historia de nuestra familia empezó a ir por un camino diferente, quizás un camino que para otros no es lo normal, pero para nosotros sí lo era.

Nos íbamos de viaje, un viaje misionero, a un lugar muy lejano. Pero esta misión tenía un propósito: íbamos a sembrar una semilla de compasión y amor, el amor de Jesús, en un lugar donde había necesidad, un lugar que estaba siendo destruido por el pecado.

Me llevó un montón de tiempo procesar cómo mis papás hicieron este viaje, sin saber qué se iban a encontrar ni qué iba a pasar. La comunicación era difícil; no había celulares ni internet como tenemos hoy. Pero igual fueron, confiando en que Dios caminaba con ellos a cada paso. Esto me hace acordar mucho a Abraham y su familia: cuando recibió el llamado de Dios, no esperó, no se quedó dando vueltas en una preocupación; fue porque sabía que Dios estaba con él.

Al crecer en una familia donde Dios está primero y donde amar a los demás es igual de importante, empezás a tener esos mismos principios en tu vida, y eso fue lo que nos pasó a nosotros. Pero dejame llevarte por el proceso, porque no todo fueron recuerdos felices. Cuando estábamos en el Congo nos tuvieron que evacuar 7 veces por la guerra civil; al día de hoy me acuerdo de subirme al avión y despedirme de mi papá porque, cuando estás en una situación de guerra, los primeros en irse son las mujeres y los chicos. Volver a juntarnos después de una semana entera fue uno de los milagros más grandes que Dios hizo en nuestra familia.

Cuando estuvimos en Chad, teníamos que tener cuidado con cada cosa que decíamos o hacíamos porque era un país musulmán. Estar ahí me hizo dar cuenta de que Dios estaba con nosotros a cada paso, con cada milagro que hacía en nuestra familia. Pero todo eso, tiempo después, significó que cada piedra en el camino me hizo tener un corazón duro con el hecho de ser misionero. Por todo lo que pasamos, siempre decía: "Cuando tenga una familia, nunca voy a vivir de la misma manera", por el miedo a que mis hijos o mi esposa tuvieran que pasar por los mismos problemas.



Cuando mi esposa y yo nos conocimos, ella me compartió su amor por Dios y su deseo de ser misionera. Mi único pensamiento fue: “¿Cómo puedo desanimarla?”. Mi hermano y yo empezamos a contarle historias de nuestro pasado, de la guerra y del trauma que aguantamos. Su pasión por las misiones empezó a apagarse, como si cayera en un sueño profundo. Así y todo, ella nunca dejó de orar por mí. Qué grande es nuestro Dios; incluso en nuestros momentos más oscuros, Él encuentra la manera de revelar Su presencia, aunque estemos ciegos ante ella.

Marcos 5:39 dice: “¿Por qué tanto alboroto y llanto? La niña no está muerta, sino dormida”.

Esto es lo que Dios nos dijo a nosotros: “¿Por qué tanto alboroto?”. Quizás pensás que mi llamado está muerto, pero no te dejes caer; tu llamado solo está durmiendo.

Dios empezó a moldear mi corazón a Su voluntad cuando decidí servirle más. En 2023, mi vida cambió por completo porque le pedí a Dios si podía servirle más —solo un poco más—, pero cuando Él me habló, me pidió todo. Por miedo, guardé esto en el fondo de mi mente, pero entendí una cosa: le estamos sirviendo con todas nuestras fuerzas, sabiendo que Él está con nosotros.

Pasó el tiempo y Dios puso en mi corazón una carga por las misiones, algo que nunca pensé que pasaría. Entendí que mi lugar era volver a África, el mismísimo continente al que alguna vez le tuve miedo. Sabía que íbamos con Él a nuestro lado. A veces dudamos en decirle que “sí” a un ministerio específico porque tenemos miedo, nos sentimos insuficientes o nos decimos a nosotros mismos que no estamos listos. Pero los planes de Dios son mucho mejores de lo que jamás podríamos imaginar. Cuando empezamos a caminar de Su lado y elegimos Sus planes por encima de los nuestros, todo empieza a acomodarse. Eso es exactamente lo que nos pasó; hoy todo va según Su voluntad y estamos en camino a nuestro lugar de llamado.

Cuando me piden que hable del legado que me dejaron mis papás, puedo decir que es simple: servir a Dios con todo nuestro corazón, porque con Él todo empieza a tener sentido. No hay mejor recompensa para mí que servir al Señor junto a mi familia. Y mi esperanza para cuando mis hijos crezcan es que puedan ver que sus papás sirvieron a Dios con todo su corazón y ese mismo Dios es el que los usará a ellos donde sea que vayan.



«LA VERDADERA SUCESIÓN SIGNIFICA CONTINUIDAD DE LA MISIÓN, NO DE LA PERSONALIDAD. DEJA ESPACIO PARA QUE EL NUEVO LÍDER DIRIJA CON SU PROPIA VOZ. Y ANÍMALO, TANTO EN PÚBLICO COMO EN PRIVADO»





LEGADO: FE, SERVICIO Y PROPÓSITO

POR ÉRICA RAMELLO DE SEPÚLVEDA



Hoy en día se habla mucho de la palabra “legado”. Un legado no se trata simplemente de lo que una persona deja atrás, sino del impacto espiritual y el testimonio que permanece en la vida de otros y continúa transformando generaciones. Al pensar en ello, es imposible no recordar a mis padres.

En 1986 tuvieron un encuentro con el Señor que cambió el rumbo de sus vidas. A diferencia de muchas personas que llegan a Cristo en medio de crisis profundas, ellos llegaron impulsados por un deseo genuino de conocer al Dios verdadero. Siempre fueron personas de principios, trabajadoras y respetuosas, pero les faltaba conocer a Aquel que daría sentido eterno a sus vidas.

Desde su conversión abrazaron el servicio con pasión. Comenzaron colaborando en tareas sencillas y con el tiempo sirvieron en distintas áreas de la iglesia: evangelismo, campañas, liberación, ministerio de damas y luego en responsabilidades mayores, como las oficinas del Club 700. Lo que comenzó como un servicio local se transformó en una vida entregada a la misión: primero viajes de corto plazo, luego el norte argentino y finalmente Perú, donde sirvieron durante veinticinco años.

Fue en medio de esa entrega donde ocurrió algo que marcaría para siempre nuestra historia familiar. Poco tiempo después de convertirse, mis padres hicieron una oración que definiría nuestro futuro: “Señor, te entregamos a nuestros hijos para la obra misionera”.

No se limitaron a vivir la fe; la sembraron en sus hijos. Ese fue su verdadero legado. Con los años comprendí el peso de aquella oración. La obra misionera nos permitió experimentar la fidelidad de Dios una y otra vez, pero también nos enseñó el costo de la obediencia. La distancia nos privó de abrazos, celebraciones y despedidas que jamás volverían a repetirse. Sin embargo, hay algo que siempre marcó mi corazón: nunca escuché a mis padres reclamarle a Dios ni cuestionar Su voluntad. Los vi extrañar, sacrificar y perseverar, pero siempre confiando. Su ejemplo me enseñó que la verdadera fe se demuestra cuando seguimos obedeciendo aun después de haber pagado un alto precio.

En mi caso, aceptar el llamado de Dios a las naciones no fue sencillo. Durante un culto, en mis tiempos de estudiante en el instituto bíblico, hice una oración que cambió mi vida: “Señor, Tú sabes cuánto te amo y cuánto amo servirte. Amo mi iglesia, mis pastores, mis amigos y el lugar donde estoy. Pero si quieres que vaya al norte del país, donde sirven mis padres, iré. Y si no es allí, iré donde Tú quieras enviarme”.



Aquella noche sentí que Dios quitaba de mi corazón todo aquello que me impedía rendirme por completo a Su voluntad. Fue una de las experiencias más profundas que he vivido.

Días después, el pastor Juan Masalyka me preguntó si estaba dispuesta a colaborar con los misioneros Daniel y Liliana Palma. Sin saber todo lo que vendría, di ese paso. Así comenzó mi caminar en los propósitos de Dios para las naciones.

Doy gracias a Dios por pertenecer a una iglesia misionera, el Centro Cristiano de los pastores Juan y Lidia, quienes han sido un claro ejemplo de una visión misionera que no solo forma obreros, sino que también los impulsa y los envía a las naciones.

Mi primer destino fue España, aunque por cuestiones de visado solo pude permanecer allí tres meses. Regresé a Argentina para completar el Bachiller Ministerial, con el deseo de volver algún día. Sin embargo, Dios tenía otros planes.

Poco antes de graduarme recibí una nueva propuesta. Esta vez no era España, sino Suiza. Aunque representaba una cultura distinta, un idioma desconocido y una realidad completamente nueva, acepté el desafío. En enero de 1997 llegué a Bülach para servir junto a los pastores Stäubli en la iglesia Ewiges Leben.

Ese año amplió mi visión, fortaleció mi carácter y me enseñó que cuando estamos dispuestos a servirles, Dios nos va direccionando. Como dice 1 Corintios 2:9: "Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman."

Al regresar, Dios escribió un nuevo capítulo en mi historia. Conocí a Cristian Sepúlveda, quien compartía la misma pasión por las misiones y el mismo deseo de servir al Señor. Nos casamos el 8 de diciembre de 2001 y desde entonces comenzamos a caminar juntos en los propósitos de Dios.

Años después, junto a nuestras tres primeras hijas, emprendimos una nueva etapa misionera. Estefy tenía seis años, Angy cuatro años y Tizi apenas ocho meses cuando partimos. Nuestro primer destino fue Costa Rica, donde fuimos para capacitarnos en inglés y también pudimos servir al Señor en la Iglesia de la ciudad de Cartago. Más tarde llegamos a Etiopía, una nación que marcaría profundamente nuestras vidas y donde tuvimos el privilegio de servir durante dos períodos.

Cada país, cada desafío y cada despedida fueron herramientas que Dios utilizó para enseñarnos a depender más de Él. En 2016 regresamos a Argentina sin imaginar lo que el Señor tenía preparado. Fuimos desafiados a abrir la Escuela de Formación Misionera Córdoba, una tarea que desarrollamos hasta finales de 2025, acompañando a nuevas generaciones que respondían al llamado de Dios para las naciones. El 12 de noviembre de 2021 llegó a nuestras vidas una pequeña niña de 20 días, quien después de un largo proceso se convirtió en nuestra cuarta hija: "Miel".

Hoy nos encontramos nuevamente ante un nuevo desafío: servir al Señor en España. Y al mirar todo el camino recorrido, comprendemos que esta historia nunca se trató solamente de nosotros. Lo que comenzó con la obediencia de una generación se convirtió en una herencia espiritual que sigue dando fruto.

Nuestras hijas también aman al Señor y desean servirle. Verlas caminar en los propósitos de Dios es una de las mayores alegrías que podemos experimentar como padres.

Entonces vuelvo a pensar en aquella sencilla oración que mis padres hicieron hace tantos años:

“Señor, te entregamos nuestros hijos para la obra misionera”.

Aquella oración atravesó continentes, décadas y generaciones. Dios la escuchó y la respondió mucho más allá de lo que ellos pudieron imaginar.

Eso es un legado.

Un legado que no se mide por lo que dejamos para nuestros hijos, sino por lo que dejamos en ellos.

Y cuando una nueva generación decide decirle sí a Dios, el legado continúa.



«LA VIDA CRISTIANA ES COMO UNA CARRERA DE RELEVOS. CADA NUEVO DISCÍPULO DEBE AGARRAR CON FUERZA EL “LEGADO” DE LA VERDAD BÍBLICA Y PASÁRSELO A OTRO, QUE A SU VEZ SE LO PASA A OTRO, Y ASÍ SUCESIVAMENTE.»





EL DESAFÍO Y EL PRIVILEGIO DE SER PADRE MISIONERO

POR C. ÁNDERSON

Fingir que cabalgaba a lomos de mi padre, viajar en moto a pueblos lejanos y compartir las buenas nuevas de Jesús con los demás... estos son algunos de mis recuerdos de él. **El amor, la afirmación y la aceptación de nuestros padres son una fuerza poderosa en nuestras vidas.** No es fácil, como padres misioneros, encontrar tiempo para dedicarnos a nuestros hijos. Las exigencias del ministerio son constantes. Si Dios te ha bendecido con hijos, *las personas más importantes a las que debes discipular* son las que Dios ha puesto en tu hogar.

Mi padre no fue un padre misionero perfecto. Hizo algunas cosas muy bien, pero también tenía sus puntos débiles. **Sin embargo, algo que hizo con gran éxito fue inculcarme el amor a Dios y a los que no conocen a Dios.**



Me integró a su pasión y a su vida llevándome de viaje con él. Siempre me dedicaba tiempo. Su apoyo, aún hoy, significa muchísimo para mí. Nadie puede infundir vida y esperanza en la vida de un niño como su padre.

Dios lo diseñó así. Los padres terrenales deben ser un ejemplo del amor de Dios Padre. En el corazón de todo ser humano hay un vacío que anhela la afirmación paterna... su aceptación incondicional. Es un vacío tan grande como el de Dios que solo el Padre Celestial puede llenarlo. Los padres terrenales, especialmente los misioneros, están llamados a ser un puente para que sus hijos reciban el amor de Dios.

Una propuesta aterradora

Uno de mis recuerdos divertidos favoritos con mi padre es de nuestra época en Liberia. Había una zona rural a las afueras de Monrovia, la capital, a la que mi padre anhelaba llegar. Compró una motocicleta especial con neumáticos grandes para recorrer senderos. Construyó una balsa con barriles para poder cruzar el río con la moto y llegar al sendero que conducía al pueblo. Unas cuantas veces al mes (no recuerdo con exactitud la frecuencia), mi padre visitaba esa zona para compartir el evangelio. Buscaba la manera de fundar una iglesia allí. A menudo me llevaba con él.

¡Fue una gran aventura para una niña de 11 años! Montar en moto detrás de mi padre, agarrándome con todas mis fuerzas, cruzar ríos en balsa... ¿qué más podría desear una chica tan aventurera como yo?

¡Hasta el día en que mi padre estuvo a punto de entregarme como esposa a un viejo jefe africano!

Una respuesta diplomática

Estábamos visitando una aldea del interior. El anciano que ejercía de jefe me tenía en la mira. Ya tenía varias esposas e hijos. Podía verlos reunidos a su alrededor. **Entonces, de repente, para mi disgusto, le preguntó a mi padre si yo estaba disponible!**

Mi padre dio una respuesta muy diplomática. ¡Me dieron ganas de subirme a la moto y salir corriendo a casa! Para mi sorpresa y horror, oí a mi padre decirle: «*Sería una muy buena esposa*».

“¡Papá! ¿Qué estás haciendo?” pensé. ¡Abrí los ojos de par en par mientras intentaba contenerme para no gritar de protesta!

Ese día aprendí a responder con sensatez en una situación intercultural. Observé cómo mi padre manejaba esa propuesta con destreza y elegancia. No sé si el jefe hablaba en serio, pero sin duda me causó una impresión que aún conservo vívida.

Los viajes con él me impresionaron aún más. **Papá amaba tanto a las personas que no conocían a Dios que hacía sacrificios para llegar a ellas.** Papá también me amaba y quería compartir conmigo su actividad favorita: compartir el evangelio.

Estoy profundamente agradecida de haber tenido un padre que me dedicó tiempo, me apoyó y me permitió ser parte de su ministerio. Gran parte de lo que soy hoy en las misiones se debe al maravilloso ejemplo y la guía de mi padre.

Cuatro consejos para padres misioneros:

1. Sé generoso con tus elogios y lento para criticar: Los niños interpretan a sus padres para descubrir quiénes son. “¿Estoy bien? ¿Soy aceptable y digno?” Estas preguntas rondan en el corazón de los niños desde que nacen.

Este estilo de enseñanza se conoce como “Confianza Básica”. Los padres, especialmente los padres, desempeñan un papel fundamental en el desarrollo de esta confianza en el niño. Su sentido de seguridad y bienestar proviene de ser amados, protegidos y valorados por sus padres.

Como padre, tus palabras tienen un gran poder. Al igual que tu silencio, expresa tus elogios con rapidez cuando veas que tu hijo hace algo bien. Dile a menudo que lo quieres y que estás orgulloso de él. Y ten cuidado con las críticas.

Aunque a veces sientas la necesidad de corregir a tus hijos, no seas duro con ellos. En cambio, sé prudente y amable tanto en lo que dices como en cómo lo dices.

2. Dedica tiempo a tus hijos, edúcalos bien: Al final de tu vida, serán tus hijos quienes te cuidarán. **No descuides a tus hijos biológicos para atender a tus hijos espirituales.**

Prioriza a tus hijos y dedícales tiempo. Escúchalos, juega con ellos y presta atención a lo que sucede en sus vidas. Si educas bien a tus hijos, te darán alegría en la vejez. Si los descuidas, lo lamentarás después.

3. Concédeles un mayor acceso a ti que el que tienen los demás: ¿Tus hijos tienen acceso a ti? ¿Pueden llamar tu atención cuando la necesitan? ¿O siempre les dices que esperen hasta que termines con tus otros compromisos ministeriales?

Es vital que los hijos de misioneros se sientan valorados por sus padres. **Una forma de que se sientan importantes es que sepan que tienen un acceso especial a ti, algo que otros no tienen.** Atiendes sus llamadas antes que los demás. Pones a otras personas en espera para escuchar sus peticiones, incluso si es algo tan simple como: «*Papá, ¿puedo ver la tele ahora?*».

Cuando mi padre era el director del departamento de misiones de una universidad cristiana, era un hombre muy ocupado. Yo sabía que podía entrar en su despacho y hablar con él sin cita previa. Eso significaba mucho para mí. Me daba acceso.

4. Invítalos a formar parte de tu pasión y de tu vida: Como padre misionero, seguramente te apasiona lo que haces. Permite que tus hijos participen en ello, en lugar de que queden al margen. Ellos heredarán tu pasión, como yo la heredé de mi padre.

5. Ama intencionalmente: No necesitas ser un padre perfecto. Simplemente ama bien a tus hijos. Ámalos con un propósito. Sé ese puente para que experimenten el amor de Dios.

Y si hoy no eres padre, o si no tuviste un buen padre, permite que Dios te acompañe en ese camino. Deja que Él sea para ti el Padre perfecto. Deja que te sane y te lleve a la plenitud en Él.

**«CUANDO CORRES UNA PARTE DEL
RELEVO Y PASAS EL LEGADO, NO
TIENES EN LA MENTE LA SENSACIÓN DE
HABER DEJADO ALGO PENDIENTE.
SOLO TIENES LA SENSACIÓN DE HABER
CUMPLIDO CON TU PARTE LO MEJOR
QUE HAS PODIDO».**



